

*LA RELACIÓN FÚNEBRE A LA INFELIZ TRÁGICA MUERTE  
DE DOS CABALLEROS DE LUIS DE SANDOVAL ZAPATA*

EL carácter eminentemente ancilar de la poesía mexicana colonial, esa condición suya de servidora en festejos así religiosos como civiles, fue sin duda la causa que determinó a Don Marcelino Menéndez Pelayo a no ocuparse de aquellos que él llamaba “ingenios sobremanera adocenados y de corto vuelo” y que le impulsó a reducir toda la poesía mexicana colonial a “un solo nombre que vale por muchos: el de Sor Juana Inés de la Cruz”.<sup>1</sup> No dejó de mencionar Don Marcelino el nombre de Luis de Sandoval Zapata, pero si lo hizo fue sólo para humillarle bajo el peso de aquella gruesa ironía con que el sabio santanderino ocultaba algunas veces sus arrebatos de mal humor.<sup>2</sup> Y, con todo, Sandoval Zapata, “caballero de la más calificada nobleza”, descendiente directo de conquistadores y aun emparentado de alguna manera con Juan Ruiz de Alarcón, es uno de los poetas más dignos de recuerdo entre los que bajo el nombre de tales se apretujan en la decimoséptima centuria novohispana.

En su tiempo, Sandoval Zapata fue reputado de “excelente filósofo, teólogo y político” y se le atribuyó “un espíritu poético tan alto, que pudo, si no exceder, igualar a los mayores de su edad”.<sup>3</sup> Pero en el nuestro, y después del castigo inferido por Menéndez Pelayo, ha sido muy lento y difícil el ascenso de su obra —perdida casi toda o extraviada entre los ingentes montones de papel colonial— hasta una recta consideración por parte de la crítica. Fue el P. Méndez Plancarte quien, ya en 1937, llamó la atención sobre la figura de Sandoval Zapata en un

---

<sup>1</sup> M. Menéndez Pelayo, *Antología de poetas hispanoamericanos*, I, Real Academia Española; Madrid, 1927, p. LXIII.

<sup>2</sup> En la p. LXV de su *Antología de poetas hispanoamericanos*, tomo I (Madrid, 1927), escribió Don Marcelino: “Hízose célebre un soneto de D. Luis de Sandoval y Zapata a la Virgen de Guadalupe, en metáfora de fénix mitológico, el cual soneto comenzaba: *El astro de los pájaros espira*. . . Este autor había escrito *Panegyrico de la Paciencia*, como previendo la mucha que se necesitaba para leer sus versos”. No debió de tener noticias del romance de la degollación de los Ávila, pues no lo cita.

<sup>3</sup> Son palabras del P. Florencia en su *Estrella del Norte*; las cita el P. Alfonso Méndez Plancarte en “Don Luis de Sandoval y Zapata”, Estudio y selección de. . ., *Ábside*, I, 1, México, 1937, pp. 37-54.

estudio publicado por la revista *Ábside* y quien, posteriormente, en 1944, le reservó un lugar distinguido entre los Poetas novohispanos.<sup>4</sup> Para el P. Méndez Plancarte, desembarazado como estaba de tantos prejuicios anticulistas que hasta entonces habían movido a los críticos e historiadores de las letras mexicanas,<sup>5</sup> el autor del soneto “A la transustanciación admirable de las Rosas en la peregrina imagen de N. Señora de Guadalupe. . .”, merecía ser considerado “el príncipe de nuestro barroco en su variedad ‘quevediana’, con dignidad personal y calidad excelente”, aunque de su ingenio y de su pluma no hayan quedado “más que las cenizas de algunos poemas”.<sup>6</sup>

Interesante por muchos conceptos es el romance de la “Relación fúnebre a la infeliz trágica muerte de dos caballeros”<sup>7</sup>, en el que Sandoval Zapata trazó una briosa y sobrecogedora descripción del degollamiento de los hermanos Ávila, acaecido en México en el año de 1566, cien años —probablemente— antes que él naciera. La admiración que el poeta sentía por el brillante y proteico estilo de Calderón se manifiesta verso tras verso en este dilatado romance, ya sea en las conceptuosas metáforas, en el rico desdoblamiento de las imágenes, en la calidad dramática y anhelante del relato, en la gozosa descripción de lujo y mundanidades, en la empacada voz doctrinaria y moral.<sup>8</sup>

Con todo, el interés del romance reside, tanto o más que en la explotación de los recursos de ese más allanado conceptismo calderoniano, en

<sup>4</sup> Alfonso Méndez Plancarte, *Poetas novohispanos, Segundo siglo, primera parte*. Biblioteca del Estudiante Universitario, Universidad Nacional Autónoma; México, 1944, pp. LI-LV y 102-115.

<sup>5</sup> Sobre cómo ha tratado la crítica mexicana a los escritores barrocos, véase la introducción a mi estudio *Góngora en la poesía novohispana*, Universidad Nacional de México, Centro de Estudios Literarios; México, 1960.

<sup>6</sup> A. Méndez Plancarte. *Op. cit.* p. LV.

<sup>7</sup> Lo publicó por primera vez Don Niceto de Zamacois en su *Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*, J. F. Parres y Comp<sup>ª</sup>. Editores, Barcelona, México, 1878; tomo V, pp. 745-759, sin indicar su procedencia. Méndez Plancarte lo reprodujo fragmentariamente en *Op. cit.* pp. 105-108.

<sup>8</sup> Nótese algunos ejemplos de la metáfora de Sandoval Zapata: la sangre de los indios “derramada/ en el papel de la arena/ fue corónica purpúrea/ a sus hazañas eternas” [de los conquistadores]; —“... sustituyeron los ojos/ con el llanto que despeñan/ las sílabas de la voz/ con sus cristalinas lenguas”. Y algunas de las imágenes paralelísticas a que se aludió: “¿Quién os vio en la pompa excelsa/ de tanta luz de diamantes,/ de tanto esplendor de perlas,/ blandiendo el fresno o la caña/ y en escaramuzas diestras/ corriendo en vivientes rayos,/ volando en aladas flechas?”.

la convincente y comprometida manera con que Sandoval Zapata supo contar y revivir aquella vieja historia y en cómo quiso proyectarla, con todas sus consecuencias, sobre sus lectores contemporáneos. En la ciudad de México, insigne cabeza de América —comienza contando el poeta— vivían dos caballeros de ilustres prendas, consumados jinetes, hábiles en juegos de cañas, diestros en cuantos ejercicios son propios de la nobleza. “Ay, Ávilas desdichados, —se lamenta— ¿quién os vió en la pompa excelsa de tanta luz de diamantes” y os mira ahora —“depuesta la grandeza generosa”— acusados de traidores y sometidos

a la pasión que gobierna,  
a la envidia que os acusa,  
a lo ciego que os procesa. . .

Más de cien años después de ocurridos los acontecimientos que relata, Sandoval se impuso la tarea de dejar bien restablecida la “opinión” de los criollos Alonso y Gil González de Ávila que, como se sabe, fueron decididos partidarios de poner en marcha una conspiración contra la autoridad real cuando se conoció en México la cédula que mandaba suspender la sucesión de indios en tercera vida. Para tales fechas, ya todas las encomiendas se hallaban en manos de los hijos de los conquistadores y Alonso de Ávila, que “tenía al pie de veinte mil pesos de renta, y él no sabía mucho y sus pueblos estaban en riesgo”, se resolvió —con otros sus iguales— a no dejarse “quitar el comer y las haciendas” y a “alzarse con la tierra” para ofrecerla al Marqués del Valle, Don Martín Cortés, “pues es suya, y su padre y los nuestros la ganaron a su costa”.<sup>9</sup>

El hijo de Cortés —comodín y ladino— no tuvo empacho, a lo que parece, en alentar secretamente a los conjurados y, desde luego, quiso mantenerse al tanto de cuanto se tratase al respecto. No faltaron, sin embargo, crudas enemistades entre la gente criolla que habrían de llevar a una delación y al consiguiente apresamiento de todos los comprometidos para alzarse. Los hermanos Ávila, como cabezas más notables o como lenguas más decidoras, fueron sentenciados a pena de muerte por la Audiencia.

<sup>9</sup> Juan Suárez de Peralta, *La conjuración de Martín Cortés*. Biblioteca del Estudiante Universitario, Universidad Nacional Autónoma; México, 1945, pp. 13 y ss. Se trata de una selección hecha por Agustín Yáñez de la obra que llevaba por título original *Tratado del descubrimiento de Yndias y su conquista. . .* y publicada por Don Justo Zaragoza con el de *Noticias históricas de la Nueva España*, Imprenta de Manuel G. Hernández, Madrid, 1878.

Conviene aquí hacer resaltar el largo alegato con que Sandoval Zapata insiste en la inocencia de los dos hermanos. Ya Suárez de Peralta —contemporáneo relator de los acontecimientos— hacía notar que en aquella ocasión la tierra había quedado “muy lastimada y confusa si morían [los Ávila] con culpa o sin ella”; pero Sandoval no se conformaría con estas medias tintas o con la expresión de sentimientos de piedad y de duda, sino que —exaltando las virtudes de los jóvenes criollos, “amigos del hijo del mayor cometa” [Cortés],— declara con raro atrevimiento que fueron las envidias y malas pasiones de los gobernantes, y no la presunta rebeldía contra un decreto real, la causa de su desastrosa muerte:

Qué apriesa corre la envidia  
y la indignación qué apriesa  
sabe fulminar la muerte  
contra la misma inocencia.

Prometíase Sandoval un juez infalible —Dios mismo— para enmendar y corregir la criminal injusticia de los enemigos terrenales (“Más no importa, que hay Dios grande/ cuya eterna providencia/ ofendidos desagravia/ con sus cárceles eternas. . .”) y no conforme todavía con esa reivindicación a largo plazo, proclamaba —contra toda realidad histórica y jurídica— que

. . . El Consejo  
de la Majestad excelsa  
del gran Monarca de España. . .  
declaró con su clemencia  
no hubo culpa de traidores  
en los Ávila. . .

¿Qué impulsaría a Sandoval Zapata a reivindicar la memoria de aquellos jóvenes alocados que opusieron una relativa violencia al decreto real que amenazaba dejarlos en la ruina? No hay en toda la poesía novohispana otro caso en que un escritor haya sido capaz de desbordar —quiera por una vez— los tópicos literarios oficiales y que ahonde en las vivas rencillas de criollos y españoles, y ello no utilizando el recurso de la sátira —que por tipificar lo personal se hace tolerable— sino ateniéndose a unos individuos y a unos acontecimientos concretos.

La pesadez y monotonía de los certámenes, dedicaciones y festejos de toda índole obligaban a los versificadores novohispanos a ejercitarse, una e infinitas veces, en tópicos anodinos mediante los cuales se glorificaban las celebraciones domésticas y en los que podía hacerse gala a muy bajo

precio de una cristalizada erudición mitológica. La casi total ausencia de composiciones de tono personal, de escritos no ya destinados a describir las pinturas alusivas de un arco triunfal o un catafalco fúnebre, a relatar las peripecias de una procesión o el traslado de una imagen, sino a expresar alguna experiencia o preocupación más íntima de la persona humana, nos obliga a prestar excepcional atención a un reducidísimo número de escritores que, como Sandoval Zapata, osaron escapar de la atonía del ambiente colonial. Por una parte, el romance de la degollación de los Ávila es un interesante y raro testimonio literario de cómo bajo la gruesa cubierta de las celebraciones oficiales persistía y aun se enconaba ese resquemor criollo que desde temprana fecha apareció en las letras mexicanas para desaparecer muy pronto —o quedar oculto— bajo la masa indecible de los versos de ocasión.<sup>10</sup> Por otra parte, la voz de Sandoval Zapata es la única voz de un poeta novohispano que declara abiertamente el “derecho” de los criollos a disfrutar sin mengua los bienes y la condición alcanzados por sus antepasados los conquistadores, y es el único que se atrevió a declarar sin rodeos ciertas criminales circunstancias que aparentemente influyeron en los veredictos de la Real Audiencia.

Ciertamente el frustrado alzamiento de los Ávila no fue una rebelión

---

<sup>10</sup> Son muy conocidos los sonetos anónimos “Minas sin plata, sin verdad mineros” y “Viene de España por la mar salobre”, escritos, probablemente, a fines del siglo XVI, y que ponen claramente de manifiesto tanto el despecho de los peninsulares como el resquemor de los criollos. No conozco muestras en verso de tal enemistad escritas en pleno siglo XVII, pero ésta continuaba y aun se enconaba por la arrogancia de los recién venidos y por no sufrir los criollos el menosprecio de los europeos. (Luis González Obregón en su *Don Guillén de Lampart, la Inquisición y la Independencia*, México, 1908, trae interesantes noticias sobre pleitos de esta índole). De principios del XVIII es un manuscrito titulado “Fe de erratas, respuesta apologética al... Dr. Diego Zuazo de Coscojales” —publicado por Nicolás León en su *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, México, 1906— del que es autor el Pbro. Don Pedro de Avendaño, predicador subversivo y belicosísimo, que, amparado con el seudónimo de Dr. Santiago de Henares, hizo circular dicha sátira en verso. He aquí algún ejemplo de cómo fue vapuleado el Arcediano de la Metropolitana, que “vino de la Europa diciendo a voces que él había de enseñar en estas partes la teología de Alcalá... predicando un sermón para modelo y regla”, ya que el púlpito de la Catedral, a su juicio, “estaba inmundo”: “Soberbio como español,/ quiso con modo sutil/ hacer alarde gentil/de cómo parar el sol:/ no le obedeció el farol,/ que antes —Icaro fatal—/ lo echó en nuestra equinoccial,/ porque sepa el moscatel/ que para tanto oropel/ tiene espinas el nopal”. Cf. A. Méndez Plancarte, *Poetas novohispanos*, Segundo Siglo, parte segunda. Biblioteca del Estudiante Universitario, Universidad Nacional Autónoma; México, 1945, pp. XLVIII-L y 157-159.

que albergara propósitos independentistas —por más que los conjurados hubiesen acariciado la idea de una monarquía encabezada por Don Martín Cortés— sino apenas un desafortunado y muy platicado intento de conservar los privilegios heredados *ad infinitum*. Pero Sandoval Zapata (que como imprevisor criollo hubo de perder también un ingenio de azúcar) no hace ni el más ligero relato de la riesgosa conspiración del siglo XVI, que parece quedar oculta de propósito para resaltar, así, las “infames sospechas” de los gobernantes peninsulares:

Entre prisiones y bretes  
las cárceles los hospedan;  
la severidad togada  
con qué priesa los procesa,  
con qué ardor que los fulmina,  
con qué ira los sentencia!

Los extremos de nobleza que Sandoval atribuye a los Ávila y sus consideraciones acerca del triste fin de

los que pudieron tener  
en sus fúnebres exequias  
mármoles a sus cenizas  
y que sus urnas pudieran  
competir con los mauseolos  
que erigió soberbia Grecia. . .

nos permiten fundadamente sospechar que para Sandoval Zapata los hermanos Ávila, de haber visto triunfante su rebelión, pudieron no sólo haber puesto término a la contraria política metropolitana, sino —aun más— haberse convertido en los héroes de una soñada monarquía criolla. Como quiera que sea, la exaltación de sus almas al Paraíso no ofrece dudas acerca de cómo juzgaba Sandoval Zapata la razón que asistió a los criollos y la justicia póstuma que era menester hacerles:

. . . ¡Oh, quiera  
el cielo que algún pariente  
de esta afrentada nobleza  
pida a los pies de Felipe. . .  
Su piedad gloriosa mande  
borrar del padrón las letras  
que están a pesar del tiempo,  
acusando la inocencia!  
¡Oh, quiera aquella divina  
y celestial Providencia  
la eterna Jerusalén  
inmortal patria les sea,  
leve la tierra y la trompa  
de la Fama su defensa!

No es, sin embargo, esta "Relación fúnebre" sólo un alegato criollista de más valor documental que literario, sino —antes que nada— una importantísima muestra de lo que hubiera podido ser la poesía mexicana colonial de haberse ocupado sus autores en algo más que de concurrir a certámenes literarios o de utilizar sus apreciables facultades en la menuada labor de "declarar los intentos" relativamente ocultos en los lienzos que adornaban túmulos y arcos. El gusto por las naturalistas descripciones de lo macabro, tan característico del barroco español, cobra en el romance de Sandoval Zapata todo su poético sentido. La muerte de los hermanos Ávila es un brutal espectáculo de horror y violencia, la vívida descripción del desgarramiento de miembros humanos y de las reacciones de una empavorecida multitud hipnotizada por el canibalesco espectáculo:

ya sobre el cuello del uno  
con sangrienta ligereza  
descarga el furor del golpe  
e intrépido lo degüella,  
y para poder quitar  
de los hombros la cabeza  
una y otra vez repite  
la fulminada dureza. . .

Naturalmente, una carnicería de esta clase no podía continuar describiéndose en todos sus espeluznantes y realísimos detalles; en adelante, Sandoval Zapata transformará esta penosa realidad, la convertirá —por obra de una peculiar alquimia poética— en una suprarrealidad donde los miembros acuchillados, la sangre que todo lo mancha, el escalofriante rechinar de huesos y tendones, todo ese crispante destrozo, en suma, saltarán de la infame locura sanguinaria a un mundo de puras metáforas ideales en el que la realidad original será tan sólo un remoto recuerdo necesario.

Sin transición, el poeta, que nos obligó a chapotear en esos primitivos sentimientos de espantosa delectación ante el aniquilamiento de lo humano, nos alzaré —igual que en un rapidísimo escamoteo de prestidigitador— hasta un mundo donde sólo son posibles los objetos de la más resplandeciente belleza:

al segundo hermano llega  
la cólera del verdugo,  
y las rosas aún no muertas  
del rojo humor desatado  
tiñe otra vez en sus venas.

Troncos los cuerpos quedaron,  
 difuntas púrpuras yertas,  
 deshojadas clavellinas  
 y anohecidas pavesas.

Sangre y rosas, sangre y rojos humores desatados, cuerpos yertos y púrpuras difuntas: he aquí en lo que se han transformado los destrozados cuerpos de los Ávila. Del horror a la belleza por el puente de una metáfora, tal podría ser la fórmula. Y la sangre que llenaba el tablado de la ejecución y la tierra negra y revuelta de la plaza, se agrupa en un manojo de rosas ideales que el poeta pone ahora ante los ojos de su lector, extraviado entre el desasosiego y la admiración. La horrible verdad cambia de rumbo y el extraño dolor placentero con que estos hombres de hace trescientos años hurgaron en la muerte y su podredumbre, pasa a ser en la poesía *barrueca* de Sandoval apenas la materia prima, el punto remoto de partida para la edificación de un mundo poético que, si parte de la realidad meticulosamente observada, se resuelve en visiones de una suprarreal y angustiosa belleza.

Pero Sandoval Zapata, como todos los poetas españoles de su tiempo, no podrá quedarse en esta región ultrapercebida; regresará finalmente al mundo pesado y necesario de las consideraciones morales, de las lecciones ejemplares. “Sabed todos —exclamará— que en esto paran las grandezas del mundo”, y su voz se hará recia y doctrinaria para prorrumper en el consabido amenazador: “¡Desengañaos!”

JOSÉ PASCUAL BUXÓ

*Universidad del Zulia. Maracaibo*